

El Poder de la Confesión

El capítulo 12 comienza diciendo: “Un día, el Señor envió a Natán a hablar con David, y Natán le dijo: «En cierta ciudad vivían dos hombres. Uno de ellos era rico, y el otro era pobre. El rico tenía muchas ovejas y vacas, pero el pobre sólo tenía una corderita que había comprado y criado, y que era como su propia hija, pues comía de su mesa, bebía de su vaso y dormía en su regazo; era como de la familia, pues había crecido con él y con sus hijos. Un día, el hombre rico recibió a un visitante y, como no quiso matar a ninguna de sus ovejas o vacas para ofrecerle de comer al visitante, fue y tomó la oveja del hombre pobre, y la preparó para su visitante.» David se puso muy furioso contra aquel hombre, y le dijo a Natán: «Juro por el Señor que ese hombre merece la muerte. Y por haber actuado así, sin mostrar nada de misericordia, tiene que pagar cuatro veces el valor de la oveja.»” (2 Samuel 12:1–6, RVC)

David pecó, y pecó de manera brutal, absurda, realmente condenable. Ahora bien, el error del rey es revelado. Dios sigue en el control de la historia. Dios podría quizás haber fulminado a David; Dios podría haber actuado de manera muy dura y sin misericordia con David, y él se lo merecía. Pero Dios es tan bondadoso, actúa en su gracia de manera tan especial que convoca al profeta Natán.

Ese profeta es una persona que pertenece a la corte de David. Los profetas de esa época, juntamente con Gad, por ejemplo, son videntes, o profetas, que trabajan junto al palacio real. Natán se acerca a David con cuidado. Imagínate al profeta en esa función de reprender al rey. Imagínate a ti allí, sabiendo que el rey es el rey y que si haces cualquier cosa fuera de lugar, sencillamente tu cabeza pasará un buen tiempo separada de tu cuello. Natán tiene el coraje dado por Dios, es un profeta del Señor, y allí va. Y es interesante la metodología, la didáctica que encontramos en el texto. El texto nos dice que Natán le cuenta una historia a David: ‘érase una vez un tipo que era muy rico y necesitaba una ovejita para regalársela a su amigo que venía de visita; pero en vez de usar alguna que fuera suya, teniendo recursos, él va y toma la de un hombre pobre’.

David se expresa lleno de un sentido de ética, y a lo mejor incluso de culpa de su propia parte, ya que seguramente tenía el problema en el fondo de su consciencia, aunque no estuviera quizás en un nivel tan perceptible. David se indigna y dice: “quien hizo esto merece la muerte”. Es interesante cómo la persona que tiene un juicio duro sobre los demás generalmente tiene un problema serio en aquella misma área. El texto revela cosas interesantísimas para nosotros.

“Entonces Natán le dijo: «¡Tú eres ese hombre! Así ha dicho el Señor, Dios de Israel: “Yo te consagré como rey de Israel; yo te libré del poder de Saúl, yo te di el palacio que fue de tu señor, y puse en tus brazos sus mujeres. Además, yo te entregué las tribus de Israel y de Judá y, por si esto fuera poco, yo estaba dispuesto a darte mucho más.” Y sigue la confrontación ¿Por qué menospreciaste la palabra del Señor, y actuaste mal delante de sus ojos? Al hitita Urías lo mataste por medio de la espada de los amonitas, para quedarte con su mujer.”

Dios dice que esos problemas, esas mismas dificultades, estarían presentes en la familia de David. Dice el texto más adelante “Yo haré que el mal sobrevenga sobre tu propia casa. Ante tus propios ojos entregaré tus mujeres a tu prójimo, y a pleno sol se acostará con ellas.”

David recibe la reprensión del Señor. Y ahí viene la gran cuestión que ciertamente nos llama la atención. El error del rey fue revelado, pero fíjate qué cosa especial. David tiene poder, tiene autoridad, es el rey; Natán dice lo que dice, ¡cómo lo dice! No le faltó coraje, eso sin lugar a duda. Porque David podría volverse a Natán y decirle: ‘escucha, ¿quién eres tú para hablarle así al rey? Sé perfectamente cómo está mi relación con Dios. ¿Quién te ha dicho que pasó eso? ¿Tienes pruebas?’

Hubiese sido una situación incómoda. Pero vemos la humildad de David cuando dice en el versículo 13: “«Reconozco que he pecado contra el Señor.» A lo que Natán le responde «El Señor ha perdonado tu pecado, y no vas a morir.” La humildad de David, el arrepentimiento salvador, protege el corazón de David, con lo que ahora tendremos al rey arrepentido. El error fue revelado, pero el rey se arrepintió. Así que, ante eso, aprendemos lo bueno que es Dios. Tú que nos escuchas seguramente no te olvidarás de eso. Dios está siempre dispuesto a perdonar a cualquier persona que se arrepienta de verdad, de manera auténtica, en el mismo momento.

David dice: “He pecado contra el Señor”. Y la respuesta de Natán fue: “El Señor ha perdonado ya tu pecado, y no morirás” Porque el pecado de David ciertamente merecía la muerte. Pero ahora viene la cuestión, diríamos las consecuencias de sus acciones: “Sin embargo, tu hijo sí morirá, pues con tus acciones has ofendido al Señor.” Es decir, Betsabé, la mujer de Urías que David había tomado, estaba embarazada, y el niño habría de morir. Y en el texto bíblico vemos que, ante esa circunstancia, el hijo que la mujer de Urías le dio a David nació, pero se enfermó.

La Biblia nos dice que David, desesperado, impactado, triste por esa circunstancia, intentó de todo para que el niño pudiera permanecer con vida. El texto es sorprendente porque muestra cómo David tenía una confianza especial en Dios. Él imploró a Dios en favor del niño. Observa, por ejemplo, que cuando Saúl no obtuvo el favor de parte de Dios, él perdió la esperanza y se fue a buscar una hechicera, una mujer que consultaba a los muertos. David implorará a Dios porque él piensa: ‘mira, Dios a lo mejor me atenderá a causa de su misericordia’. Él ayunó, y así lo hizo durante un tiempo largo. Él pasa la noche en el suelo, dice el texto, y el personal del palacio, los oficiales, incluso se quedaron preocupados porque David ya no comía, conforme nos revela el versículo 17.

¿Y qué pasó? Palabra dicha, palabra cumplida: “Siete días después, el niño murió.” Y todos comienzan a preguntarse qué pasará. ‘David está mal, ya no come, pasó la noche tumbado en el suelo, está llorando, solo ayuna; los sirvientes dicen...le contaremos que el niño murió y él también morirá’. ¡Estaban preocupados!

En aquella época no había email ni redes sociales. ¿Cómo se le comunica de una manera tranquila a David? ¿Cómo hacerlo? David se dio cuenta del murmullo, de la conversación que circulaba. Al darse cuenta de aquello, él mismo se acercó y dijo:

‘escucha, ¿se murió el niño?’ ‘Sí, murió’. Sorprendentemente, David se levanta, se da un baño, se pone perfume, se cambia de ropa, se va al santuario y adora. David pecó de manera bárbara. Y nos preguntamos ¿Cuál es la única salida para el pecado? Bueno, no es la flagelación, no es la religiosidad, ningún tipo de ritual ni tampoco cualquier actitud que pueda hacer que el hombre merezca cualquier favor ante Dios. El único camino para el pecado es el perdón. Perdonado, David sabía que el niño sería afectado.

David buscó a Dios, y como Dios hizo allí su voluntad, alcanzó sus propósitos, en el mismo momento, el texto dice que David se levanta, vence sus fallos del pasado y parte hacia una nueva etapa. Después de haberse equivocado, de haberse arrepentido y de haber sido perdonado, él buscó a Dios y lo adoró. Él incluso podría haber dicho: ‘veamos, ya que metí la pata, voy a ser sincero, no voy a ser hipócrita, no me iré al santuario. O podría justificarse y decir: Bueno, yo soy así, no valgo nada. Tengo problemas. La culpa es de mis padres, o de la sociedad, o del gobierno...’

Pero, no. David no va por ninguno de esos caminos. Él sigue adelante, adora a Dios y vuelve a Dios. Incluso pide comida y se alimenta. Y los consejeros se quedan preocupados y preguntaron: ‘escucha, ¿qué clase de actitud es esa de David?’ A los oficiales les parece aquello algo muy raro; el comportamiento de él es extraño. ‘Escucha, David, ¿qué pasa contigo? Mientras el niño estaba vivo, te montaste todo aquel drama, ayunaste, hiciste de todo; y ahora que el niño murió, ¿actúas de esta otra manera?’ David es muy claro: ‘les dice: ¿acaso puedo devolverle la vida? Mientras estaba vivo, había esperanza. Ahora sé que no volverá para estar conmigo’.

El texto nos muestra que después de eso David se va a convivir naturalmente con su nueva esposa, Betsabé, que es la mujer del pecado, de su error. Nos dice que él tuvo un hijo con ella, otro hijo en el lugar del que había muerto. El nombre de ese hijo fue, nada más y nada menos que Salomón. Sí, el que vendría a ser más tarde un gran rey de Israel. El texto dice: “y por eso envió un mensaje al profeta Natán, para decirle que lo llamara Jedidías.”

Jedidías es una palabra especial que, en la lengua original, en hebreo, significa ‘extremadamente querido por Dios, muy amado por parte de Dios’. Así que la gran maravilla que surge aquí en ese texto es que cuando nos arrepentimos como el rey David, cuando oímos la palabra divina, aunque nuestro pecado pueda haber sido el más horrendo y terrible, aquello que Dios hace construyendo nuestra vida es tan impresionante que los resultados de la restauración divina son muy superiores a los problemas causados por el pecado. Donde el pecado fue victorioso, la gracia alcanzó una victoria mucho más grande que lo logrado por el pecado.

Espero que hayas aprendido esta lección extraordinaria que aparece aquí en este texto, que nos habló sobre el error revelado del rey, que gracias a Dios fue también el rey arrepentido.